

FLORENTINO PORTERO - RAFAEL L. BARDAJÍ

NADA DE QUÉ AVERGONZARSE. UNA REFLEXIÓN PENDIENTE

Hay temas que incomodan y por ello se intenta evitarlos. Recientemente William Wheatcroft comentaba desde las páginas del *Wall Street Journal* el triste devenir del conservadurismo británico y rescataba para tal fin unas celebérrimas frases del gran Edmund Burke, escritas en las postrimerías del siglo XVIII. Decía Burke que los partidos políticos cuando sufren un descalabro tienden a no reflexionar sobre el porqué de la derrota y concentran su atención en salir lo antes posible del agujero en que han caído. Es decir, «to consult our invention, and to reject our experience». Una actitud que escandalizaba a este maestro del sentido común, a este admirador de la profunda sabiduría que se esconde tras la experiencia de siglos de vida en común.

También en estas últimas semanas Edurne Uriarte, una socialista vasca que ha enseñado a pensar a muchos liberal-conservadores sobre la cuestión nacional y el discurso de las libertades, escribía en su columna en el diario *Expansión* que uno de los problemas de la sociedad española es que no ha reflexionado suficientemente sobre el papel jugado por nuestro país en la Guerra de Iraq y los objetivos y consecuencias del atentado terrorista del 11 de marzo. Dificilmente podríamos estar más de acuerdo con la profesora de Ciencia Política. Es evidente que los españoles en su conjunto y los liberal-conservadores en concreto han decidido, consciente o inconscientemente, «pasar página», no volver la vista atrás y concentrarse en el futuro. Como recordaba el maestro Burke, ésa es la manera más segura de equivocarse.

La coincidencia entre la tensión política derivada del papel jugado por España en la Guerra de Iraq, el atentado terrorista del 11-M, la campaña de confusión y calumnias orquestada por fuerzas políticas de izquierda y empresas mediáticas afines y la celebración de elección-

Florentino Portero es secretario general del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES).
Rafael L. Bardají es director de estudios de Política Internacional de FAES.

Cuadernos de pensamiento político

nes generales produjo en la población un lógico *shock*, que ha dejado a los ciudadanos confusos y deseosos de no volver a recordar unos temas y unas situaciones poco gratas. Sin embargo, los españoles deben mirar atrás con sentido crítico, tratar de reconstruir qué pasos se dieron y por qué, y no cejar en el empeño hasta encontrar la lógica que llevó a tomar aquellas decisiones. «Pasar página» es como instalar un muerto en el armario, una acción que sólo traerá problemas y nos privará en el futuro de poder abrir el debate sobre nuestra política exterior y de defensa con la libertad y seguridad necesarias.

UN EJERCICIO DE COHERENCIA

A menudo se ha presentado la política española en Iraq como el resultado de unas circunstancias concretas, aisladas del conjunto de la acción exterior española. Así, el hecho de que España fuera miembro del Consejo de Seguridad y el supuesto deseo de José María Aznar de concluir su segundo y definitivo mandato con una acción relevante en la escena internacional habrían jugado un papel determinante a la hora de tomar decisiones. Es indudable que el hecho de ser miembro del Consejo obliga a tomar posición y que el último Aznar estaba empeñado en situar a España en la «Primera División» del concierto de las naciones. Pero ninguno de estos hechos explica lo fundamental.

La posición adoptada por España, tanto en 1998 con Clinton como en 2002 con Bush, fue la aplicación del núcleo del programa popular a una crisis concreta. En este caso, más que en ningún otro, podemos afirmar que no existen políticas, sino política; la diplomacia o la defensa en democracia carecen de la autonomía de que gozaron años atrás. Frente a lo mucho que se ha dicho y escrito, España en Iraq fue coherente con el conjunto de su política y sólo desde esta premisa se puede comprender su actuación.

Podemos distinguir cuatro elementos previos a la crisis que fueron determinantes en la toma de posición:

La política antiterrorista

La democracia española ha tenido que establecerse y desarrollarse bajo la tensión permanente producida por el terrorismo etarra. Durante

treinta años los distintos Gobiernos españoles tuvieron que aprender cómo hacer frente a una amenaza nueva. Sabemos que se cometieron, y tristemente se siguen cometiendo, casi todos los errores imaginables, que el radicalismo nacionalista ha aprovechado para defender su programa y consolidar su propio espacio político. El Partido Popular y aparentemente el Partido Socialista, al menos hasta la formación del Gobierno de Rodríguez Zapatero, habían concluido que no había nada que negociar con el terrorismo salvo su rendición. El régimen iraquí había dado cobijo a terroristas, justificaba la existencia y acción de grupos palestinos de estas características, enviaba dinero a las familias de los terroristas suicidas, había entrado en contacto con al-Qaeda y se temía pudiera suministrarles armamento de destrucción masiva. La experiencia nacional aconsejaba la aplicación de una política de firmeza para desactivar los vínculos establecidos por el Gobierno de Bagdad con las distintas organizaciones terroristas. No hay terrorismos buenos y malos; el terror tiene una lógica similar en todas partes; su rechazo hay que manifestarlo con firmeza en todo momento y lugar. Principios más que familiares en la política del Partido Popular.

El legado de Churchill

Durante décadas los europeos levantaron sociedades democráticas, Estados de bienestar y organismos multinacionales desde el convencimiento de que la II Guerra Mundial fue el resultado de una serie de errores cometidos por los Gobiernos democráticos. Frente al nazismo no cabían negociaciones ni mucho menos concesiones. El nazismo no era «pacificable», pues detrás de más cesiones llegarían más exigencias. La debilidad alimentaba su ambición y no había más alternativa que establecer una disuasión muy creíble y prepararse para lo peor. Ese legado se fue diluyendo con el paso del tiempo y los europeos comenzaron a creer que habían llegado a un estadio civilizador en el que habían consolidado el derecho a la paz. Un sueño de la razón, tan poco fundado como irresponsable. El Partido Popular, dejando atrás un pragmático realismo, aprendió de las lecciones generadas por la «Crisis de los Grandes Lagos» y por las «Crisis Balcánicas». No se podía vivir aislado de la realidad. No sólo era inmoral quedarse de brazos cruzados limitándose a emitir exabruptos racistas frente al televisor, es que, además, estas crisis podrían degenerar en problemas

Cuadernos de pensamiento político

mayores que afectarían directamente a nuestra seguridad. Actuar con decisión era una obligación moral y estratégica, comprendiendo, además, que personajes como Milosevic o Saddam no iban a reaccionar positivamente ante clásicas estrategias de disuasión y que, como el tiempo demostró, las amenazas no eran suficientes para alterar sus comportamientos. Ante determinadas circunstancias, y frente a personajes que confiaban en la falta de voluntad occidental para ejecutar sus planes, la credibilidad sólo podía obtenerse a través de la acción.

La responsabilidad del Consejo de Seguridad

La diplomacia española se ha caracterizado desde su ingreso en Naciones Unidas por una defensa del papel relevante del Consejo de Seguridad en la preservación de la paz y de la seguridad, según quedó estipulado en su día en la Carta de San Francisco. Un reto que depende de un conjunto de elementos. En primer lugar, de que los Estados miembros del Consejo estén dispuestos a asumir dicho reto. En segundo lugar, de que los intereses de los cinco miembros con derecho de veto sean coincidentes. Frente a la idea, sorprendentemente extendida entre nosotros, de que el Consejo es una entidad a medio camino entre Gobierno Mundial y Tribunal de Justicia Internacional, lo cierto es que los redactores de la Carta se limitaron a actuar dentro de la realidad y guiados por las terribles experiencias recientes y el sentido común. Para evitar que las grandes potencias abandonaran las Naciones Unidas, como había ocurrido con su predecesora, establecieron un «directorio», en la mejor tradición de Metternich. El hecho de que los cinco grandes tuvieran tanto un sitio permanente como derecho de veto hacía imposible que ninguna decisión –justa o injusta, acertada o equivocada– que atentara contra sus intereses nacionales fuese aprobada.

En esta ocasión, el Consejo estaba de acuerdo en que el Gobierno de Iraq había incumplido las condiciones establecidas tras el alto el fuego de 1991 por un conjunto de resoluciones del propio Consejo. Dicho acuerdo no llevó a la aprobación de una Resolución específica para hacer uso de la fuerza, por amenaza de veto francés, pero tampoco a una específica prohibición de hacerlo. Una vez más, ésta es la auténtica tradición del Consejo, los divergentes intereses nacionales de los cinco grandes llevaron a un bloqueo. El Gobierno español hizo lo

que estuvo en su mano para que el Consejo fuera coherente con su propia doctrina y con su responsabilidad institucional y aprobara el uso de la fuerza. De otra forma se estaba enviando al mundo el mensaje de que el Consejo cedía en sus valores y renegaba de sus propios acuerdos, de que cualquier tirano o Estado delincuente podía salirse con la suya a pesar de repetidas amenazas en forma de resoluciones. Fracasado el intento y bloqueado el Consejo por el mecanismo del veto, como en tantas otras ocasiones tocaba resolver una cuestión internacional mediante el acuerdo entre naciones y en el marco del acervo del propio Consejo. La falta de acuerdo no es óbice para que todos los Estados asuman las responsabilidades que tienen, y en particular los que forman parte del Consejo, para resolver las crisis que amenazan la paz y seguridad internacionales. Es más, sin una actuación de los Estados miembros, la automarginación institucional habría condenado definitivamente a las Naciones Unidas a una crisis de irrelevancia. Ese fue el origen de la cumbre de las Azores.

La expansión de la democracia

Durante siglos las naciones han centrado su acción exterior en garantizar sus intereses. Con el tiempo fue ganando terreno la idea de que la seguridad es común y que todos, de forma conjunta, debían colaborar para su preservación. La escuela liberal defendió que la paz estaba directamente vinculada a la extensión del credo democrático. La «Doctrina Wilson» recogía las viejas tesis del filósofo prusiano Immanuel Kant, y animó la expansión de la democracia y la creación de un organismo internacional capaz de canalizar y resolver las disputas que fueran surgiendo. Tras la II Guerra Mundial y con la emergencia de la amenaza soviética el Presidente Truman estableció el compromiso norteamericano con la preservación de la democracia en Europa. Un paso de gigante, aunque limitado geográficamente a Europa Occidental. El Plan Marshall y la Alianza Atlántica dieron confianza a los europeos, facilitaron la reconstrucción política, económica y social y crearon las bases para el proceso de unificación continental.

Los españoles fuimos siempre sensibles al principio de no-injerencia en asuntos internos de un Estado soberano, pero el tiempo nos enseñó a todos que su ejecución debía atemperarse por otros elemen-

Cuadernos de pensamiento político

tos. La experiencia de América Latina y, muy especialmente, de Cuba exigía un compromiso en favor de la oposición democrática, que además de sufrir la persecución de la dictadura comunista padecía el desprecio de la comunidad internacional. Para el conjunto de la región se hacía imprescindible un acuerdo de las potencias presentes para animar la consolidación de la democracia liberal, frente a las arraigadas tradiciones populistas, así como una creciente apertura de mercados que facilitara el desarrollo comercial e industrial. Los resultados de esa actividad están a la vista y, aunque los vínculos de Zapatero con dictadores latinoamericanos tienden a empañar este hecho, los españoles pueden sentirse orgullosos tanto de la labor realizada como del vínculo establecido entre la imagen de España y el compromiso en favor de la democracia y la modernización.

En los Balcanes todos comprendimos que la opinión pública no acepta desastres humanitarios sin respuesta internacional. Así, el clásico principio de no-injerencia en asuntos internos de un Estado soberano quedaba limitado por el derecho a la vida de sus ciudadanos. Un abuso sistemático daba paso a una «injerencia por motivos humanitarios» para restablecer el ejercicio de los derechos vulnerados. Sólo la democracia permitiría la reconstrucción de la región, reto asumido tanto por Naciones Unidas como por la Alianza Atlántica, en el que España ha tenido, y sigue teniendo, un papel relevante.

En el Mundo Árabe, una zona de alto valor estratégico para España, la falta de desarrollo económico y de libertad política está generando dos efectos de enorme gravedad: una ingente y desesperada emigración hacia Europa y el crecimiento de corrientes islamistas, ante la frustración que provoca la ausencia de expectativa para los jóvenes, el lacerante espectáculo de la corrupción administrativa hasta niveles de escándalo y, sobre todo, la sensación de que una civilización que fue grande queda relegada al desván de la Historia ante la inoperancia de sus máximos dirigentes. Ante la falta de alternativas muchos musulmanes echan mano de una ilusión, de un pasado que sólo existe en su imaginación y del que se nutren las corrientes islamistas, y llegan al convencimiento de que los intereses del Occidente cristiano y del Islam son contradictorios. Ante un escenario como éste sólo la promoción de la democracia, el respeto a la dignidad individual, el acceso a una educación de calidad, la apertura de los mercados, la tolerancia religiosa y la erradicación de esa tara que es la corrupción

pueden poner a la región en condiciones de afrontar el futuro con optimismo. Esa percepción de futuro es el mejor antídoto contra el radicalismo islamista, el motor de la dinamización económica y social y la solución al drama de la emigración.

Los fundamentos sobre los que se edificó el Proceso de Barcelona –fomento del diálogo y la cooperación, ayuda económica para generar desarrollo y una red de intereses compartidos– han resultado insuficientes. No basta con dialogar y enviar dinero... porque en muchos casos no hace sino fomentar el mal que se trata de combatir. La Unión Europea es consciente de que mucho del capital canalizado ha lubricado la corrupción administrativa y apenas si ha tenido efecto en el desarrollo buscado. En determinadas condiciones lo que hace la ayuda es fortalecer estructuras caciquiles que viven de una acción parasitaria sobre el Estado, cuando de lo que se trata es de buscar su erradicación.

En el caso de Iraq, el régimen baasista se había convertido tiempo ha en una amenaza para la mayoría de la población. La represión contra kurdos y chiítas había llegado a grados difíciles de imaginar, con el uso de armamento químico en ambos casos. Los sunitas tampoco escaparon a una arbitrariedad enloquecida. Expulsando a los baasistas se pondrían las bases para una reconciliación entre los iraquíes y para la constitución de un régimen democrático. Como en Alemania o en Japón, la democracia sería impuesta pero, como en ambos casos, sólo fructificaría si se lograba la complicidad de la población, si comprendían que el nuevo régimen era bueno para ellos. Es evidente que la democracia es un fenómeno cultural, la expresión de unos valores y de una historia. Tan cierto como que cualquier pueblo puede acceder a ella si se le ayuda, si se establece a partir de su propia tradición y si se da tiempo para que se vaya produciendo el necesario proceso de adaptación. Los responsables norteamericanos eran conscientes de que si la democracia conseguía arraigar en Iraq se lograrían dos metas de extraordinario valor. De una parte se establecerían las bases para la reconstrucción de Iraq, que dejaría de ser un problema para sus vecinos –Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Siria e Israel– y, por lo tanto, se evitaría un foco de grave tensión regional. De otra, Iraq actuaría de faro que iluminaría la modernización del Mundo Árabe, su progresiva democratización e integración en la sociedad global.

Cuadernos de pensamiento político

Es evidente que objetivos tan ambiciosos se escapaban a la diplomacia española del momento, tan cierto como que habían dejado de creer en el modelo de cooperación tradicional, el representado por el «Proceso de Barcelona». Europa estaba haciendo un importante esfuerzo para disponer de una política mediterránea, convencida de la gravedad de los problemas que allí se estaban gestando. Sin embargo, su ejecución parecía más preocupada por satisfacer o no molestar a los gobernantes de cada uno de esos países que por provocar los necesarios cambios. En el caso de algunos dirigentes europeos podemos afirmar que el objetivo era establecer lazos estables con las oligarquías locales para desarrollar operaciones de mutuo interés, olvidando que esas oligarquías son el origen del problema. Tras el 11/9 y la consiguiente militarización de la lucha contra el Terror, para buena parte de los altos responsables europeos la política de cooperación se convirtió en una herramienta de la vieja y siempre fallida política de apaciguamiento, tratando de presentarse ante la población árabe como amigos sinceros y distanciándose de Estados Unidos. La política no sólo estaba mal fundamentada por tratar de apaciguar, sino por ignorar la lógica del problema. Los islamistas no se desarrollan a partir de «unas condiciones sociales injustas», consecuencia inevitable de una globalización liberal depredadora, como tantas veces se nos ha repetido desde los órganos de comunicación «progresista». Pobreza ha habido siempre, pero no siempre ha generado islamismo. Los grandes dirigentes de al-Qaeda no provienen de los estratos más desamparados, sino de los más ricos y educados. El islamismo se nutre de la frustración que produce entre la población la mala gestión y corrupción de sus Gobiernos, esos a los que Europa corteja. A más Gobiernos de estas características habrá mayor islamismo. De ahí que España apoyara la opción por el cambio de régimen y colaborara intensamente con Estados Unidos y otros países europeos en la estrategia a seguir para reconstruir el Amplio Oriente Medio. La hora del cambio y no la defensa a ultranza del *statu quo* se había impuesto en la agenda internacional.

Jugar en «Primera División»

Una de las constantes de nuestra política exterior desde la Transición hasta nuestros días ha sido tratar de situar a España en una posición

de privilegio para poder defender nuestros intereses e influir en el desarrollo de los acontecimientos. En una primera fase se trataba de poner fin al aislamiento al que nos había relegado el régimen del general Franco. Luego llegó el paulatino ingreso en las organizaciones que vertebran la sociedad internacional. Desde dentro hubo que demostrar que éramos una sociedad fiable y responsable, capaz de corresponsabilizarnos en los procesos de decisión y ejecución de las estrategias o políticas comunes. Con el ingreso llegaron ayudas, que nos permitieron recortar distancias en un tiempo mucho más breve, pero que nos relegaban a una posición secundaria: el que recibe asiente. Con el tiempo España se sintió más segura de sí misma, tras ser reconocido su esfuerzo y su solvencia y ante el previsible recorte paulatino de aquellos fondos. España dejó de asentir y se convirtió en un actor de relieve, capaz de sacar adelante la «Agenda de Lisboa» o buena parte del «tercer pilar». El reto ya no era ganarse la confianza y la protección del eje franco-alemán, sino defender nuestros intereses y asumir una posición de liderazgo en la política europea, combatiendo la tendencia al estancamiento y la decadencia a la que nos han arrastrado franceses y alemanes durante los mandatos de Chirac y Schröder, incapaces de asumir la necesidad de adaptar sus modelos económicos a las nuevas condiciones internacionales. Ante el conservadurismo franco-alemán, que se obstinaba en mantener en pie el cadáver de un Estado de bienestar anacrónico y de un intervencionismo desmedido, España, junto con otros Estados, capitaneó la modernización de la Unión, su transformación en un área que volviera a ser tan ilusionante como económicamente productiva.

Otro de los objetivos acariciados durante mucho tiempo por nuestra diplomacia había sido establecer una relación preferencial con Estados Unidos, lo que suponía el reconocimiento de nuestro carácter de interlocutor en asuntos europeos pero también en los latinoamericanos. La coincidencia de posiciones con Clinton, primero, y con Bush, después, hizo posible el establecimiento de un vínculo mucho más fuerte, a su vez reforzado por el éxito de las iniciativas que se iban aprobando en ambos teatros.

Una España ambiciosa asumió desde su puesto en el Consejo de Seguridad su responsabilidad en la resolución de la cuestión de Iraq. No hubo tentación de ejercer de «don Tancredo», personaje cómico

Cuadernos de pensamiento político

español que refleja como pocos otros el comportamiento de la mayor parte de las cancillerías europeas, sino de aprovechar la situación para potenciar el papel de España en el concierto de las naciones. Era la hora de la responsabilidad y no del vértigo o el miedo escénico; era el momento de dejar ver que España podía comportarse como cualquier otra nación con sentido global. El Gobierno español creía que era imprescindible intervenir si el Gobierno de Iraq no se sometía a lo aprobado en las resoluciones y actuó en consecuencia. Los objetivos se fueron logrando. España estuvo en primera línea, se fortaleció nuestra posición tanto en la Unión Europea como en Estados Unidos. Si en la primera España lideró la mayoritaria reacción frente a la política de contrapoder franco-alemana, logrando de nuevo aislar a los dos grandes, en Washington consiguió establecerse como un aliado de primer nivel, participe en los procesos de toma de decisión. Es más, para quienes ven el juego internacional como una suma cero (cuanto más cerca de los Estados Unidos más lejos de Europa), el Gobierno de Aznar supo sacar provecho de su cercanía a la Administración Bush para reforzar su peso en Europa y viceversa. España resultaba ser un interlocutor serio y respetado por jugar bien y fielmente en ambos campos.

UNA ACCIÓN PROVECHOSA

Con la ventaja que da conocer el resultado de una acción política podemos afirmar que valió la pena, que España hizo en aquel momento lo que debía y que los resultados así lo demuestran.

La sociedad internacional ha podido comprobar que incumplir acuerdos internacionales tiene un precio muy elevado, lo que ya está redundando en el comportamiento de otros Estados, como veremos más adelante. Cualquier Estado puede considerar violar tratados relativos a la proliferación de armas de destrucción masiva, pero será consciente de que con ello asume riesgos muy importantes.

El baasismo ha desaparecido de Iraq y sus ciudadanos han recuperado el control de su propio destino. Los núcleos chiítas y kurdos, que representan más del 70% de la población, han dejado de sufrir la persecución y sistemática violencia por parte del propio Estado, para asu-

Cuadernos de pensamiento político

mir su responsabilidad en la dirección de los asuntos públicos. Han tenido la oportunidad de votar a sus representantes, han formado una Asamblea Legislativa y se encuentran en camino de concluir el proceso constitucional. En conjunto, la sociedad iraquí ha participado intensamente en la construcción de un sistema democrático. Su camino no será fácil. Los restos del baasismo y las redes terroristas se han concentrado en este país para hacer imposible el éxito de la operación. Tanto para unos como para otros, el establecimiento de un régimen parlamentario representaría un extraordinario fracaso. El baasismo es básicamente sunita, pero su carácter minoritario le impedirá en el futuro gozar de la influencia detentada hasta hace dos años. No aceptan vivir bajo la hegemonía chiíta y kurda, no reconocen el principio democrático y tratarán por ello de hacer descarrilar el proceso. Carentes de otro medio han degenerado en bandas terroristas, bajo la dirección de al-Qaeda. Para los islamistas Iraq es el campo de batalla principal. Allí Estados Unidos y sus aliados han derribado un régimen y tratan de arraigar un sistema político que consideran cristiano y, por lo tanto, antimusulmán. Su éxito sería por lo tanto un acto colonial, una humillación para todo el Islam y el principio de un proceso de adaptación hacia una sociedad global que repudian. De ahí que hayan concentrado sus fuerzas, que estén haciendo un esfuerzo mayúsculo para impedirlo. La celebración de las elecciones generales fue para ellos una pública humillación, una derrota retransmitida por todo el orbe, que no debe repetirse. Sus atentados continúan, pero sus bajas aumentan y no sabemos cuánto tiempo más podrán mantener este nivel de actividad.

La Guerra contra el Terror ha convencido a Libia de que había llegado el momento de concluir su particular evolución desde el terrorismo hasta la aceptación de las reglas de juego comúnmente aceptadas. Con un Estados Unidos dispuesto a hacer uso de la fuerza para impedir actos terroristas, en especial con armas de destrucción masiva, Gaddafi comunicó el fin de sus programas y abrió las puertas a la inspección. Gracias a ello hemos sabido aún más de la limitada capacidad de nuestros servicios de inteligencia para estar al tanto de estos programas, del papel jugado por Pakistán y Corea del Norte en la proliferación de tecnología nuclear y de misiles y, muy posiblemente, tenemos una evaluación más precisa del programa nuclear iraní.

Cuadernos de pensamiento político

La Guerra de Afganistán y el giro libio han permitido un reposicionamiento de Pakistán. La red dirigida por el Dr. Kahn ha quedado desarticulada, las células islamistas son perseguidas y se trata de restablecer paulatinamente la democracia en un país donde cada intento ha concluido en un fracaso. La crisis nuclear con India, a propósito del destino final de Cachemira, parece reconducida gracias a los buenos oficios norteamericanos y a la actitud más constructiva de ambas partes. Sería irresponsable restar importancia a la gravedad de la situación pakistaní, pero es de justicia reconocer que la tensión se ha reducido mucho y que la diplomacia está trabajando adecuadamente sobre los temas que presentan mayor riesgo

En Palestina la firmeza norteamericana al no reconocer ningún gobierno que no hubiera sido legitimado por las urnas, junto con la credibilidad que aporta la campaña iraquí, ha llevado a los palestinos a poder votar. No nos podemos llevar a engaño. Como en Alemania y Japón años atrás, como en Afganistán e Iraq ahora, los palestinos han podido ir a las urnas por imposición norteamericana. Gracias a ello se ha renovado la cúpula de la Autoridad Palestina y se ha reanimado el proceso de paz, con pasos inmediatos de enorme importancia. Los retos que tienen ante sí son ingentes y no hay razón para pensar que israelíes y palestinos sean capaces de llegar a un acuerdo. Pero los avances democráticos conseguidos son ya un hito a destacar que facilitará la lucha contra la corrupción y el terrorismo.

La revuelta popular en el Líbano contra la ocupación siria ha sido un hecho tan inesperado como positivo. El régimen baasista de Damasco había ocupado el país durante la Guerra Civil y no daba muestras de pensar en retirarse. En última instancia deseaba su anexión, dando la vuelta a la decisión francesa de dividir en dos aquellos territorios que había ocupado tras la descomposición del Califato Turco. Sin embargo, los libaneses –cristianos, drusos o árabe sunitas– deseaban la independencia. La debilidad internacional de Siria, acosada por su apoyo a la insurgencia iraquí y a los terroristas palestinos, permitió el estallido popular tras el asesinato de Hariri. Damasco ya no estaba en condiciones de aumentar la represión sin exponerse a una severa acción de fuerza norteamericana y en un acto de prudencia diplomática comunicó su decisión de ceder. La presión continua, unida a una disuasión creíble, ha permitido una victoria de gran importan-

cia. Sin duda la sociedad libanesa será un ejemplo para el conjunto del Mundo Árabe y del Islam de cómo reconstruir una sociedad abatida por la violencia. Tienen la tradición política y los medios económicos necesarios para despegar una vez más y reincorporarse a una sociedad global de la que durante años fueron parte activa.

En Marruecos, Egipto, Kuwait y Arabia Saudí, entre otros, el tema de la apertura está ya en la calle y aunque la evolución sea aún incierta, el mismo planteamiento de la necesidad de cambio es ya, de por sí, un gran adelanto.

Los grandes grupos mediáticos árabes mantienen líneas editoriales antioccidentales. Sin embargo, en algunas ocasiones, voluntaria o involuntariamente, se convierten en cadena de transmisión de eventos con un carácter profundamente democrático. El seguimiento de los procesos electorales realizados en Afganistán, Iraq, Palestina o Líbano, desde la legitimidad que su actitud poco comprensiva hacia la política norteamericana comporta, está teniendo efectos extraordinarios. Ya no se trata de qué hace Washington sino de por qué los palestinos pueden elegir quién les gobierna y ellos no. La libertad es un valor universal y en todas partes la gente quiere ejercer su derecho a decidir sobre sus propios intereses. Pueden sentirse ofendidos por el intervencionismo norteamericano en el Islam, pero eso no modifica su opinión sobre lo corruptos e incompetentes que son sus dirigentes y lo conveniente que es convocar elecciones para renovar tanto el Parlamento como el Ejecutivo. La democracia liberal es la única forma de gobierno considerada legítima en todas las partes del planeta. De ahí que estemos asistiendo a interesantes movimientos de dictaduras árabes. En Arabia Saudí se han celebrado elecciones locales. En Kuwait se ha aprobado que la mujer pueda ser electora y elegible. En Egipto la dictadura nasserita empieza a aceptar reformas, consciente de que no es posible mantener por más tiempo el sistema político vigente. Todos estos hechos son el resultado de los cambios producidos en Afganistán, Iraq y Palestina bajo el liderazgo norteamericano y con el apoyo diplomático de España. Los españoles deben saberlo y, sobre todo, pueden sentirse orgullosos de la parte que les corresponde. Nuestra acción exterior no sólo se caracteriza por fulgurantes huidas del teatro de operaciones, merecedoras de medallas para el heroico

Cuadernos de pensamiento político

ministro de turno. También hemos colaborado en el inicio de la democratización de una zona de enorme valor estratégico.

El compromiso con la expansión de la democracia, la idea de que nuestra seguridad depende de la libertad de los demás, también ha tenido consecuencias sobre la evolución de Georgia y Ucrania. Países de nuestro entorno que algún día pueden convertirse en socios o aliados. Sin el ejemplo de lo sucedido en las crisis ya citadas, la población no habría ganado la confianza en sí misma necesaria para salir a la calle y demandar, aun a riesgo de perder la vida, lo que es suyo: su dignidad. Es inaceptable la pervivencia de regímenes dictatoriales y corruptos en nuestras fronteras, que arruinan la vida de millones de personas, condenándolas a la privación de libertad y a la pobreza. Georgia y Ucrania actuarán de acicate para procesos semejantes en otros países, todo gracias a la firmeza de un bloque de países bajo el liderazgo norteamericano.

UNA ACCIÓN PREMIADA

La Guerra de Iraq ha generado ríos de tinta en contra de los Gobiernos que la apoyaron. Acusaciones de toda índole han recaído sobre ellos. A la vista de lo dicho o publicado por los grandes medios de comunicación occidentales, la debacle electoral era inevitable. El informe final de la Comisión de la CIA sobre la no aparición de los arsenales de armamento químico y biológico, aunque sí de los científicos, laboratorios y programas de investigación en marcha, presagiaban lo peor. Sin embargo, no ha sido así. Bush ganó a Kerry, aumentando la diferencia republicana en el Senado, la Cámara de Representantes y en el número de los gobernadores. El australiano Howard volvió a derrotar a los laboristas, por cuarta vez consecutiva, tras una durísima campaña centrada en la Guerra de Iraq. Barroso, el anfitrión de Las Azores, fue promovido a la condición de Presidente de la Comisión Europea, lo que da idea del rechazo que su postura despertó entre sus equivalentes europeos. Blair tuvo que hacer frente al ataque de propios y extraños, al tener en su propio partido a los más críticos contra la política norteamericana y la campaña de Iraq. Aun así logro revalidar por tercera vez su condición de líder de la mayoría. Sólo el Partido Popular, entre los grandes protagonistas de aquellos hechos, per-

dió su reválida electoral. Para ello fue necesario que se concertaran un conjunto de elementos afortunadamente poco comunes: un brutal atentado terrorista que produjo un fuerte impacto emocional en la población y una campaña cargada de mentiras por parte de la oposición y de medios de comunicación próximos. No sólo se utilizó un acto terrorista para hacer política partidista, sino que además se aderezó de calumnias. De otra forma, como anunciaban los sondeos de aquellos días, también los populares habrían confirmado su política con un tercer triunfo consecutivo.

Cualquiera sabe que una campaña militar es la más peligrosa de las apuestas que un político puede hacer en democracia. Con los ejércitos se pueden perder votos, pero difícilmente ganarlos. Sin embargo, cuando se actúa desde una posición firmemente asentada en principios, cuando el ciudadano percibe que se están asumiendo riesgos por razones de orden superior, puede estar de acuerdo o discrepar, pero no por ello castiga gratuitamente. En democracia siempre hay que hacer un esfuerzo de comunicación y establecer claramente el porqué y el cómo, pero sobre todo enmarcar los actos en una filosofía política comprensible y distinguible. Entonces sí se pueden asumir grandes empresas con la confianza de que los ciudadanos también sabrán dar la talla cuando las circunstancias parezcan adversas.

CONCLUSIONES

Ya ha transcurrido suficiente tiempo desde que comenzó el debate sobre Iraq, desde el atentado o las elecciones generales como para mirar con distancia y valorar aquellos actos. No sólo es posible, debemos hacerlo. Aquellas decisiones se hicieron desde una visión política global y fueron coherentes con los principios que la informaban y con el resto de políticas. Hoy podemos afirmar que los resultados están siendo positivos y que en aquellos días España supo estar a la altura de las circunstancias y protagonizar un giro histórico en la definición de la política exterior de los Estados occidentales. España entendió que la defensa de la democracia era el gran reto y, en la medida de sus posibilidades, estuvo allí.

Cuadernos de pensamiento político

La política es singular. No es una mera acumulación de posiciones que responden a planteamientos tácticos, dirigidos a ganarse la simpatía del electorado y arrinconar a la oposición. La política son principios y valores, el compromiso con el electorado de realizar una administración coherente y fiel a esos planteamientos. Exactamente eso es lo que entonces se hizo. Sin duda se pudo explicar mucho mejor, pero ésa es otra cuestión.

Es verdad que el Partido Socialista sigue recurriendo a la Guerra de Iraq como uno de sus argumentos centrales en el debate nacional y que lo hace con un ánimo de exacerbado sectarismo. Es coherente con su estrategia política de demonizar al Partido Popular. Pero cada vez su discurso es más difícil de sostener. En parte porque la lógica evolución iraquí se lo va a ir impidiendo, pero también porque los liberal-conservadores españoles tienen que aprender, admitir y defender que se hizo lo correcto y que no hay nada en la política hacia Iraq de qué avergonzarse. Rodríguez Zapatero dejó constancia pública en el Congreso de que creía en el arsenal de destrucción masiva de Saddam, sólo que su antiamericanismo fue más fuerte; condenó la brutalidad de Saddam, pero sacrificó a los iraquíes por criticar al Gobierno. Eso sí, Rodríguez Zapatero nunca hizo una apuesta por el cambio y la libertad para el Oriente Medio, porque, como ahora sabemos, él prefiere pactar con los enemigos de Occidente.

Vivimos en una sociedad de la satisfacción inmediata, del *fast-food*, del *fast-everything*. Pero la guerra se rige por otras leyes y sigue otros ritmos. Para haber aplastado a los terroristas y seguidores de Saddam que hoy asolan parte de Irak las fuerzas de la coalición tendrían que haberse comportado brutalmente y sin piedad en los días posteriores a la toma de Bagdad. No es eso lo que se pretendía. Pero la violencia de hoy puede ser vencida y lo va ser. Defender hoy al Iraq que arriesga su vida para acudir a las urnas es defender la libertad. Y los seguidores del Partido Popular pueden expresar su orgullo por lo que se hizo y por lo que continúan haciendo quienes fueron nuestros aliados y los propios iraquíes. Zapatero y el PSOE, sin embargo, sólo pueden acreditar algo aun peor que la ausencia, el abandono del débil cuando más necesitaba nuestra ayuda.